



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año III | Número 10 | Junio 2022

# Un continente en llamas. Los incendios forestales australianos (2019-2020) vistos desde el paradigma modernidad/colonialidad

Roberto Hernán Esposto<sup>1</sup>

r.esposto@uq.edu.au

---

<sup>1</sup> Roberto Hernán Esposto es docente e investigador australiano, nacido en Córdoba, Argentina. Actualmente es profesor en la cátedra de español y estudios latinoamericanos en la University of Queensland (Brisbane), Australia. Es académico de la Academia Argentina de Letras. Es autor de libros y artículos publicados en revistas científicas internacionales sobre literatura argentina y pensamiento crítico latinoamericano. Su más reciente publicación es un extenso estudio titulado "Rodolfo Kusch, actualidad de un pensamiento americano. Lecturas y reflexiones" (Buenos Aires: Biblos 2018).

El propósito de este escrito es reflexionar y delinear algunos elementos claves sobre los catastróficos incendios australianos del periodo 2019/2020. Queremos formular nuestro enfoque de este fenómeno desde el paradigma modernidad/colonialidad, catalogándolo como el resultado de un proceso histórico de colonización y explotación del suelo australiano en los últimos 250 años, hoy agudizado por el hecho certificado por científicos como “cambio climático”. Durante este tiempo, este proceso de asentamiento colonial europeo ha ido destruyendo los conocimientos de los pueblos originarios y su manera de relacionarse con un ambiente sumamente precario y hostil; es decir un proceso de epistemicidio que ha contribuido a este desastre de magnitudes apocalípticas.<sup>2</sup>

A la modernidad occidental la conocemos hoy como un periodo histórico que tiene su inicio en una primera etapa a partir de 1500 y que da comienzo a un relato eurocéntrico de autodefinición y de redención (cristiana) de la humanidad como justificación del imperialismo occidental. Con el paso del tiempo esta retórica irá transformándose a medida que en Europa se desplaza un entendimiento teológico (tomista) del cosmos en cuya centralidad se situaba al Dios cristiano. Para fines del siglo XVI y comienzos del XVII la concepción de que el conocimiento de la naturaleza correspondía al descubrimiento y la manifestación de la creación del Señor será sustituida por una que entenderá la naturaleza como una fuerza que debe ser doblegada y sojuzgada por la voluntad del hombre, mediante el uso de la razón, la ciencia y la tecnología. Con el fin de explotar y de liberar ese precioso y poderoso potencial de la naturaleza para la acumulación de riquezas y así disparar el desarrollo material, armado de su relato de redención secular de la humanidad, los poderes imperiales europeos equipados ya del racionalismo iluminista anglo-francés acelerarán el proceso de colonización (esclavización o semi - esclavización) de pueblos no europeos y la super explotación del mundo natural concebido como recursos naturales entrado ya el siglo veinte. Terminado el periodo histórico imperial y colonial europeo de vastas posesiones territoriales, lo que queda latiendo es la lógica de colonialidad.

---

<sup>2</sup> Todas las traducciones de fuentes en lengua inglesa son nuestras.

Viene a colación considerar, por lo tanto, la acepción que propone Walter Mignolo del ideario modernidad/colonialidad:

La colonialidad no es lo opuesto de la modernidad, es su hermano gemelo... Por lo tanto, mientras que la retórica de la modernidad anuncia siempre la salvación, la civilización, el desarrollo; la puesta en acción de las ideas que la retórica promueve conducen a la explotación, el racismo, la desigualdad, la expropiación, la injusticia, etc. De modo que la retórica de la modernidad trata de convencernos de sus esfuerzos para corregir las desigualdades, mientras que no hace más que ocultar que las está produciendo (2014: 9).

La lógica interna de la matriz del poder en la modernidad/colonialidad hace posible la cosificación de la naturaleza en la modernidad capitalista (tanto liberal-positivista y ahora neoliberal). Es decir que la cosificación de la naturaleza está profundamente incorporada dentro de la concepción occidental y eurocéntrica ampliamente normalizada a lo largo y lo ancho del mundo. De ahí que hoy vivimos en pleno apogeo de lo que Aníbal Quijano acuña como: “El complejo cultural conocido como la modernidad-racionalidad europea...[E]stablecido como un paradigma universal de conocimiento de la relación entre la humanidad y el resto del mundo”. Una concepción, continúa, arraigada en “el conocimiento como producto de una relación sujeto-objeto” (2014: 59).

Hechas estas consideraciones preliminares sobre el paradigma colonialidad/modernidad, podemos proseguir a considerar la fundación de la Australia moderna, tomando como prisma lo arriba indicado.

Australia se proyecta hacia el mundo con una imagen de postal, de país joven y jovial, de playas blancas con aguas cristalinas y azuladas en la que se pasean jóvenes rubios. Estamos ante un país abocado al progreso y al desarrollo material que apuesta hacia un futuro de riqueza y abundancia sin fin. A medida que avanza hacia esa modernidad infinita, la elite intelectual y política narra una historia de sí misma desde principio del siglo pasado con la formación de la federación australiana (1901) en la que se destaca el protagonismo del país en guerras que en la primera mitad del siglo XX serán a favor de “Dios, el Rey y el Imperio”. Más tarde, desde la segunda mitad del siglo pasado, este relato guerrero se modificará para afianzar la defensa de occidente y de la democracia liberal capitalista.

Ahora bien, para conocer el legado colonial (y la mentalidad colonialista que persiste en Australia), es preciso ofrecer al lector no avisado un breve bosquejo del momento que inaugura la llegada del hombre blanco europeo a este continente; para luego proseguir a destacar los puntos más significativos con respecto a la temática que vamos a abordar según el encabezado de este escrito.

Hay que destacar que el relato fundacional de Australia está compuesto justamente por los principios y supuestos que han regulado el saber y el sentido de la modernidad eurocentrada. Este presupuesto está arraigado en el concepto de *terra nullius*. Esta idea fuerza hizo posible tres cosas determinantes en la justificación británica de la conquista, a saber: fundamentó legalmente la posesión británica del territorio al afirmar que no había seres humanos racionales que lo habitaban, descalificó la humanidad de los pueblos originarios y anuló *in totum* sus conocimientos y prácticas ancestrales entorno al suelo australiano.

El 26 de enero se celebra *Australia Day*, el día nacional de Australia. Pero lo curioso es que esta fecha no es la que marca el desembarco y la toma de posesión por Gran Bretaña de este continente por el Capitán James Cook. Esto ocurrió el 22 de agosto de 1770. El evento que sella la fecha en enero dieciocho años más tarde, en 1788, es significativo porque es doblemente trágico: convierte a este suelo en una prisión para alojar todas aquellas víctimas de la sociedad británica de la época del proceso de industrialización. La fecha nacional de Australia, paradójica y trágicamente, inaugura una gigantesca colonia penitenciaria, que durará de 1788 a 1868. La otra cara de esta tragedia es que con la llegada de las autoridades británicas y de los presidiarios, los indígenas australianos perderán sus tierras, su modo de vida y con el paso del tiempo sus idiomas, conocimientos y ritos. Es más, una vez liberados muchos de estos presos se acelera la expansión del asentamiento británico en las tierras de los pueblos originarios.

Lo que a veces queda ignorado en este cuadro, es la rápida destrucción y super explotación del medioambiente con el que los pueblos originarios habían convivido por miles de años. Pues con el asentamiento colonial británico comienza una sistemática introducción de especies, tanto de fauna y flora, ajenas al ambiente australiano contribuyendo a la erosión, y al mismo tiempo a una acelerada deforestación y transformación del paisaje para abrir tierras a la

industria agropecuaria, así como bovina y ganadera, y en algunas regiones, a la minería. Se parcelarán o bien cercarán inmensas extensiones de territorios en estancias (haciendas) y también para la minería; negando así el libre paso a los grupos indígenas a sus tierras (de las cuales serán expulsados, indiscriminadamente masacrados o bien impactados por pestes introducidas).

Merece subrayar aquí, por ejemplo, el impacto a lo largo del tiempo que han tenido las prácticas de pastoralistas y agricultores ingleses especialmente con la introducción de bovinos a terrenos que habían sido cuidados por tribus indígenas para el cultivo de ñames (un tipo de tubérculo) y otras especies de pastos para atraer animales como el canguro para el consumo de carne. En *Dark Emu* (2014), Bruce Pascoe describe el impacto que tuvo la introducción de rebaños de ovejas en terrenos australianos para la producción industrial y exportadora de lana, materia prima que vertebró la economía australiana desde el siglo diecinueve y gran parte del veinte:

La fertilidad alentada por un cuidadoso cuidado del suelo fue destruida en solo unas pocas temporadas. El exuberante ñame [del estado] de Victoria desapareció tan pronto como las ovejas pastorearon sobre ellas, ya que la dentición de las ovejas les permitió comer el crecimiento hasta el suelo, destripando las hojas basales. Los pastores ingleses no iban a saber que la fertilidad que alabaron al entrar por primera vez al país fue el resultado de una gestión cuidadosa, y su miopía cultural aseguró que incluso cuando la naturaleza del país cambiaba, nunca culparían a su propia forma de agricultura por esa devastación (2014: 11).

En este panorama debemos traer a consideración otro factor muy significativo, relacionado a los devastadores incendios de 2019/2020, a saber: los conocimientos ancestrales de los pueblos originarios con respecto al uso del fuego en las prácticas culturales, ambientales y agrícolas. De estos se desprende un íntimo saber trenzado al complejo y vasto paisaje australiano. Mientras que el hombre europeo asentado por más de dos siglos comprende el fuego como un enemigo que debe ser abatido, ya que amenaza la vida y a la propiedad (y todo lo que esto conlleva por su valor e uso como recurso que representa para su modo de vida), para el aborigen el fuego es todo lo contrario.

En la cosmovisión ancestral australiana el fuego es un elemento primordial en la fertilización y fecundación de terrenos para la regeneración de pastos y plantas, útiles para el cultivo de cotos de caza. Por lo tanto, no es un elemento enemigo, sino más bien un amigo aliado pues con su sabio y prudente manejo ayuda a la regeneración de la vida para la subsistencia. Estas prácticas del uso del fuego han sido descartadas por las autoridades australianas y por los agricultores.

Victor Steffenson, docente y practicante de las usanzas tradicionales del uso de la quema en el estado de Queensland, en su libro *Fire Country* (2020) ilustra las diferencias entre las prácticas institucionalizadas de quema del europeo australiano con aquellas de las prácticas ancestrales recibidas de los sabios ancianos. Armado de conversaciones con ancianos sabedores de estas prácticas de quema en desuso, nuestro autor dice:

Los regímenes de incendios occidentales se basan en la reducción de peligros (combustibles) y no ven las capas de conexiones culturales y ambientales que constituyen el conocimiento aborigen del fuego, que se basa en todos los elementos de la naturaleza que viven en armonía unos con otros. Esta información errónea sobre la diferencia entre la quema cultural y la reducción de peligros o la quema posterior se estaba volviendo cada vez más clara cada vez que los ancianos se detenían a hablar sobre el fuego en el campo...Los ancianos comentaban cómo la tierra era sana y limpia cuando eran más jóvenes. La campiña ahora está sufriendo porque ya nadie sabe cómo cuidar el fuego (2020: 22-23).

En otra ocasión, acompañado de una anciana, Seffensen indica el siguiente ejemplo de la pérdida y desuso de la quema según los patrones culturales tradicionales en la zona tropical del norte de Queensland:

Una querida anciana que conozco oriunda del bosque lluvioso me contó cómo los ancianos quemaban este tipo de bosque lluvioso seco y arenoso ... Cuando era niña, recordaba cuando había pasto y otras plantas pequeñas que solían crecer allí. Sus ancianos quemaban el área con regularidad para mantener la vegetación verde para los *wallabies* (pequeños canguros) y para canguros trepadores de árboles tropicales. Solía haber muchos de esos animales, pero hoy en día rara vez ve ninguno, ya que los ancianos dejaron de administrar la tierra (2020: 49).

Estos ejemplos dejan constancia del tremendo impacto que ha tenido el epistemicidio institucionalizado en la administración y uso de quemas. Las prácticas de quema introducidas por el europeo completamente modificaron y trastornaron el ecosistema al descalificar y poner en desuso los conocimientos y prácticas ancestrales. Con el impacto del cambio climático se están agudizando los efectos de 250 años de coloniaje y de epistemicidio imperantes en este país. Indígenas como Bruce Pascoe y Victor Steffensen están llevando a cabo una ardua campaña contra viento y marea por rescatar del olvido y concientizar al público y a las autoridades australianas sobre los beneficios de saberes y de usanzas ancestrales en el manejo del suelo y en el cuidado del ambiente natural en este vasto continente.

Hechas estas exposiciones, el lector se preguntará: ¿Y qué tiene que ver todo esto con los incendios australianos de 2019/2020?

En parte esto tiene que ver precisamente con la devastación de los suelos australianos ocasionado por más de doscientos años de explotación. A esto agregaríamos la histórica negación del conocimiento que tenían y aún poseen los pueblos originarios de la tierra, de la fauna y de la flora en el paisaje australiano. Es decir, todavía hoy es evidente que el europeo australiano, así como la gran masa de inmigrantes que se han asentado en este país especialmente desde la segunda mitad del siglo pasado, muestran escaso interés por conocer la tierra en que viven. Afirmaríamos, además, que la clase política y la élite empresarial, aunque pise el suelo australiano, los presupuestos que configuran la subjetividad de su pensamiento están decididamente anclados en el mundo cultural anglosajón (en Gran Bretaña y Norteamérica).

Por ende, lo que queremos subrayar aquí es que estamos ante dos procesos – la colonización y el proceso de cambio climático – que con el tiempo están íntimamente relacionados y que han contribuido a esta catástrofe. Dos caras de una misma moneda. Uno corresponde a lo que ya hemos aludido: el proceso de modernización australiana que corresponde al de colonización europea. Y a la degradación de los suelos del continente australiano debido al desuso de prácticas tradicionales aborígenes sumado a la introducción de especies europeas. El asentamiento colonial europeo conllevó la súper explotación de

pueblos originarios y de sus tierras; hasta la transformación de ambos en *commodities* de intercambio comercial – y así a su cosificación.

Este orden de cosas a lo largo de 250 años nos trae a nuestro presente. De ahí que la evidencia científica acumulada a lo largo de unas tres décadas apunte a que esta super-explotación del territorio australianos haya sido otro capítulo más de la era geológica que se ha venido a llamar el Antropoceno. Un periodo geológico donde la actividad humana, industrial, comercial y económica ha dejado una huella geológica. Al mismo tiempo esta actividad ha hecho posible que nuestra especie haya contribuido a modificar el clima del planeta Tierra. Hecho que ha sido posible dado el modo de desarrollo capitalista (sea de mercado o estatal) basado en el principio de crecimiento ilimitado.

Para el lector no avisado, debemos indicar que el continente australianos está sujeto a un ciclo de sequías, incendios e inundaciones. Lo que nos están indicando y avisando los científicos al respecto, es que hay una mutación en el ciclo de incendios en Australia que es generalmente de octubre a marzo. Hoy, en cambio, este ciclo se ha extendido, y ya comienza en julio y sigue hasta abril del año siguiente (es decir los casi doce meses del año). Durante los incendios del periodo en cuestión, los bomberos (la gran mayoría voluntarios) testimoniaban – muchos de ellos con varios lustros de experiencia – que nunca habían visto y sentido incendios con tal fuerza e intensidad. Incendios infernales que desataban tormentas de fuego, tornados o vorágines de fuego, creando así sus propios patrones climáticos causados por la intensidad de las temperaturas, contribuyendo así a encender nuevos incendios y a expandirlos. Efectivamente, en el informe de la *Royal Commission into National Natural Disasters Arrangements* de octubre 2020 debe destacarse el aporte con respecto a estos fenómenos de uno de los expertos en incendios forestales. Según destacó con alarma David Bowman:

Este último verano casi se duplicó el registro de estos eventos en un solo evento, y ese conjunto de datos se remonta a unos 30 años. Entonces sucedió algo durante este último verano que es verdaderamente extraordinario porque -lo que estadísticamente llamaríamos un evento de cisne negro- vimos una bandada de cisnes negros. Eso simplemente no debería haber sucedido (Bislin, 2020: 59).

El saldo de víctimas y de destrucción ha sido devastador en vidas humanas, en propiedades, en el paisaje y en el número de animales calcinados. Oficialmente, las cifras hechas públicas por el gobierno australiano son abrumadoras: 33 muertos, inclusive 4 bomberos; 17 millones de hectáreas fueron quemadas; más de 3,000 casas fueron destruidas (Richards, 2020). Por otro lado, según un informe interino comisionado por la World Wildlife Fund y dirigido por Chris Dickman y su equipo (Dickman, 2020), las cifras de animales (vertebrados e invertebrados) impactados es astronómica: 3 billones.

Podríamos caracterizar los incendios de 2019/2020 como una catástrofe anunciada. Las advertencias de científicos y de dirigentes expertos en el cuerpo de bomberos sobre la intensificación de incendios se viene anunciando y acumulando en este país por más de tres décadas. Por ejemplo, el geocientífico Will Steffen ha indicado recientemente que:

Durante varias décadas, la comunidad científica mundial ha evaluado periódicamente la ciencia del clima, incluidos los riesgos de un clima que cambia rápidamente. Los científicos australianos han hecho y continúan haciendo contribuciones significativas a este esfuerzo global. Los científicos han advertido, clara y respetuosamente, sobre los riesgos para Australia de un clima que se calienta rápidamente: calor más extremo, cambios en los patrones de lluvia, aumento del nivel del mar, aumento de las inundaciones costeras y condiciones de incendios forestales más peligrosas. También hemos advertido sobre las consecuencias de estos cambios para nuestra salud y bienestar, nuestra sociedad y economía, nuestros ecosistemas naturales y nuestra fauna única. Muchas de nuestras advertencias científicas durante décadas, lamentablemente, se han hecho realidad. Aproximadamente la mitad de los corales de la Gran Barrera de Coral han muerto a causa de las olas de calor submarinas... La zona agrícola del sureste se ha visto afectada por una intensa sequía... Todos estos impactos han ocurrido bajo un aumento de alrededor de 1 °C en la temperatura promedio global. Sin embargo, el mundo está en camino hacia 3 °C de calefacción, trayendo un futuro que es casi inimaginable... Para Australia, un mundo de 3 °C probablemente conduciría a un clima de incendios mucho más severo que hoy, sequías más severas y eventos de lluvia más intensos, olas de calor más prolongadas e intensas, aumento acelerado del nivel del mar e inundaciones costeras, la destrucción de la Gran Barrera de Coral y un gran aumento de la extinción de especies y la degradación de los ecosistemas.

Este sería un continente difícil para sobrevivir, y mucho menos prosperar» (Steffen, 2020).

Las reiteradas advertencias de científicos como Steffen sobre la subida de las temperaturas y su impacto en la generación de gases de efecto invernadero, fueron recibidas con sordera y hasta con desdén por la clase dirigente australiana y por muchos líderes de la industria minera, financiera y agrícola australiana. Los grandes medios de comunicación en manos del magnate Rupert Murdoch han jugado un papel determinante en sus campañas de desinformación y desprestigio de la comunidad científica. A tal punto ha llegado esta ceguera que este problema ha sido secuestrado por los medios conservadores en una absurda cruzada cultural con el embaucos de querer salvar las libertades del capitalismo de mercado y la inviolable soberanía del individuo.

Uno de los informes más contundentes sobre el impacto del cambio climático data de 2008, en el que se documenta con lujo de detalles acerca de la frecuencia, magnitud y severidad con que se iban a experimentar los incendios forestales australianos en el futuro. La evidencia científica, recogida y deliberada por el economista Ross Garnaut, apuntó a lo que se evidenció en el periodo 2019/2020 durante los incendios en Australia: “Las proyecciones recientes del clima de incendios sugieren que las temporadas de incendios comience más temprano, termine un poco más tarde y, en general, sea más intenso. Este efecto aumenta con el tiempo, pero debería ser directamente observable para 2020” (Garnaut: 2008, 118).

Es decir, las condiciones para una tormenta perfecta se estaban incubando desde hacía bastante tiempo. En Australia continuamos viviendo bajo sucesivos gobiernos que han rechazado con desdeñoso desaire los consejos de la comunidad científica. Poco se tienen en cuenta las voces de las comunidades de pueblos originarios que ven destruir sus tierras y hogares ancestrales. Además, el australiano medio, descrea con casi deliberada y arrogante actitud los estragos que están causando los impactos del cambio climático. Está hipnotizado por el canto de sirena de los medios de comunicación que continuamente menoscaban y ridiculizan la opinión de científicos. Por tanto, estamos encandilados y sujetos

al encanto mágico de un estilo de vida que está incrustado a un sistema que continuamente destruye y consume el mundo natural.

He aquí que nos es difícil ignorar el contexto en que redactamos este escrito, en medio de una plaga, que los incendios del verano y de la primavera pasada quizás hayan sido solo la antesala de un fenómeno igualmente siniestro que se venía empollando dado nuestro menosprecio por el planeta que nos cobija. Por ello, no podemos obviar la catástrofe que estamos siendo testigos a lo largo y lo ancho del mundo.

Vivimos bajo la sombra de la pandemia que asola el mundo, pues ha puesto patas para arriba la cotidianeidad de países modernos como Australia que estimaban salvaguardados e inmunes a este tipo de acaecimientos naturales. A lo que apuntamos con esto, es que los incendios de 2019/2020 así como el COVID19 son ambos síntomas de una misma crisis que pone en jaque la existencia de la vida en el planeta Tierra.

En este sentido, lo estimamos oportuno compartir con el lector los pronósticos del eminente científico australiano, Premio Nobel de Medicina de 1996, Peter Doherty. Este científico nos ofrece un incisivo panorama que podemos conectar con el saldo de estragos ambientales que está dejando el tipo de desarrollismo capitalista de mercado que ha agudizado esta situación. En una entrevista concedida al matutino, *La Nación* de Buenos Aires, Doherty puntualiza:

En el largo plazo, encaramos una serie de desafíos más peligrosos que el virus, como el cambio climático y la pérdida de biodiversidad. Mi país ha hecho mucho dinero con los combustibles fósiles y sería un terrible error si seguimos haciéndolo. Hay que parar. Hay que pensar en el largo plazo. Pero dudo que los sistemas políticos estén en condiciones de hacerlo. La única manera es que los jóvenes tomen el control, porque ellos entienden lo que pasa y sienten que su futuro está siendo amenazado. Y que hay que sacar al mundo de la codicia y la criminalidad de los que lo llevaron hasta acá (De Ambrosio, 2020).

Con respecto a los factores causantes que han generado el COVID19, este científico agrega en la misma entrevista que el cambio climático es un factor contribuyente:

[Debido] al enorme tamaño de la población, el hambre y a la cada vez más grande explotación de áreas remotas, como selvas y junglas. Por ahora los virus peligrosos vienen de China, pero podrían venir de América del Sur si se destruyen las selvas...Desde el 2000 este es el tercer coronavirus infeccioso después del SARS y el MERS, que eran mucho más mortales... Es el tercer virus de murciélagos que pasa a humanos en veinte años y tuvimos además la gripe A de un cerdo. Con los viajes internacionales masivos y cruceros, que básicamente son incubadoras de enfermedades infecciosas, estamos generando las condiciones para estas pandemias (De Ambrosio, 2020).

A lo que Doherty se refiere con lujo de detalles, sin decirlo explícitamente, es que la normalización de la modernidad neoliberal globalizada como única vía de desarrollo en la que vivimos está agudizando la colonialidad, reproduciendo así los patrones mentales y de relaciones económico-sociales de explotación de sujetos que contribuyen al aceleramiento de la destrucción de ecosistemas que hacen posible la vida en el globo terráqueo.

Un país como Australia, que se estima altamente sofisticado, industrializado y civilizado, no obstante, ha caído víctima de esta peste terrible. Pues las lecciones que nos está dando este virus es que ha puesto en tela de juicio las carencias y debilidades estructurales de un sistema socio-económico impuesto por más de 40 años – llamado neo-liberalismo – el cual con cantos de sirena ha prometido la soberanía del individuo, la flexibilidad laboral, la privatización de instituciones públicas de salud y educación, las maravillas de una economía de mercado y de la mentada “economía del derrame”. Todo ello ha desembocado en una concentración de riquezas a tal punto que menos de 1% de billonarios poseen vastas riquezas (como si fueran la nobleza de la Edad Media).

Este orden de cosas ha hecho posible que esta peste marque y amplifique con soberano detalle las carencias, fisuras e injusticias sociales que golpean al hombre común y corriente. Un ejemplo basta para destacar los estragos que está dejando esta pandemia en sectores de la economía donde la precariedad de empleo está al orden del día. El saldo de víctimas que está causando este (des)orden laboral en el área de la salud donde hay trabajadores en hogares de ancianos que no

tienen derecho a licencia de enfermedad ha desencadenado la infección entre los propios huéspedes de estos locales.<sup>3</sup>

El impacto del virus junto a estas políticas está haciendo trizas el tejido de nuestras sociedades debido a sistemas de salud que por décadas han sido carcomidos por dentro, y ya son incapaces de enfrentar una catástrofe de magnitudes bíblicas. El virus ha acentuado el enanismo liliputiense de una clase política que por décadas ha estado obsesionada por el poder y el cortoplacismo del ciclo electoral. Al enfrentar la dimensión catastrófica que ha desencadenado la pandemia, la clase política parece hallarse incapacitada por la magnitud del reto que enfrenta, acentuando así sus carencias intelectuales y políticas con las medidas que privilegian la salud de la economía en lugar de encararla a favor y al servicio de la salud de su pueblo.

Si quizás podemos sacar una lección de los incendios que arrasaron Australia en 2019-2020 y del Covid-19 que está vapuleando el planeta - golpeando en especial a los más débiles y frágiles de nuestras sociedades - es que estos fenómenos acentúan y agravan los impactos estructurales en nuestras sociedades, pues aumentan justamente lo que los pensadores de la ecología profunda saben muy bien: vivimos en un mundo compuesto de un gigantesco ecosistema, donde todo está relacionado con todo.

De ahí que los sacudones que nos han propiciado los incendios y la pandemia a nuestras vidas diarias nos revelan lo que el filósofo argentino Rodolfo Kusch en su momento llamó “una economía liberal del desamparo” (Kusch, 1966: 124). Es decir, una economía que es la apoteosis de un individualismo soberano, poderosamente creativo y motivado por su idea fuerza de *ser alguien*. Pero el presente orden de cosas ha arrojado un haz de luz sobre la precariedad y la soledad desamparada del individuo en el que está ausente el apoyo del colectivo, y de que el individuo está necesitado de la comunidad para vivir.

Estamos ante una encrucijada existencial, no solo para la humanidad sino para la vida de toda la biodiversidad en el planeta. Por ello, nos motiva preguntar:

---

<sup>3</sup> Sophie Cousins sostiene que el 75% de las muertes en Australia han ocurrido en estos establecimientos de salud (Cousins, 2020).

¿Seremos capaces de repensar nuestro rumbo? ¿Podrán las autoridades australianas superar sus prejuicios ideológicos para incorporar y aplicar los conocimientos y prácticas ancestrales de los pueblos originarios para cuidar los suelos australianos? ¿Continuarán la elite política y empresarial a desoír los datos y evidencia de la comunidad científica?

En el caso de la pandemia, en un corto plazo la biomedicina ha sido capaz de desarrollar vacunas para inocular a millones de personas. Mas, ¿seguiremos por el mismo camino de antes? ¿Cuándo aparecerá otra cepa del coronavirus que frene el desarrollismo neoliberal capitalista?

Desarrollar otra vacuna más es enfrentar con miopía los síntomas de la profunda enfermedad que estos seres microscópicos nos revelan, ya que la verdadera cuestión que debemos enfrentar es: ¿Sabremos cambiar nuestros patrones de consumo, nuestros estilos de vida, nuestra cultura para garantizar la existencia de la biodiversidad en el planeta de la cual dependemos para nuestra propia existencia como especie? ¿Sabremos desarrollar nuevas ideas para crear una “economía de amparo” como decía Kusch? Todo ello requiere un gran viraje cultural, pues la imperante hegemonía científico-técnica capitalista y financiera parece alejarnos de la Tierra. Esta lógica está imbuida de una emocionalidad nutrida por una rapaz cultura de codicia, explotación y consumo ilimitado que nos quiere convencer que nuestro destino como especie es colonizar otros planetas para cuando este ya sea inhabitable. Esta es la perversa racionalidad encamada en una modernidad que genera una colonialidad destructiva.

Por lo tanto, estamos necesitados de nuevas ideas, nuevas recetas para paliar dicha situación, para que el principio ético del cuidado y la coexistencia sustituyan los de la competitividad extrema y violenta, donde predominan sentimientos del ego conquistador. Necesitamos sustituir este orden de cosas que solo nos va a llevar a la destrucción por una economía de amparo de nuestro entorno natural y de nuestra especie.

Antes de concluir, deseamos compartir con el lector las conclusiones de uno de los estudios más enjundiosos sobre el imperativo de rescatar del olvido los conocimientos y las prácticas de los pueblos originarios australianos para que la

vida en este territorio prospere en el futuro. Y ello hace hincapié, a nuestro modo de ver, en la necesidad de un viraje cultural en la población de extracción europea e inmigrante en Australia. En *The biggest estate on earth: how Aboriginies made Australia*, el historiador Bill Gammage cierra su libro con unas reflexiones en las que subraya que los australianos debemos abrir nuestras mentes para descubrir donde estamos asentados: “Nosotros tenemos mucho que aprender de este continente. Si queremos sobrevivir, y sentirnos como en nuestro hogar, debemos comenzar a comprender nuestro país. Si lo logramos, algún día podríamos convertirnos en australianos” (Gummage, 2012: 325).

En este escrito hemos querido destacar que los incendios forestales australianos del periodo 2019/2020 no fueron un inexplicable accidente natural. Hemos destacado que esta catástrofe nacional ha sido el resultado de la lógica interna del proceso de modernidad/colonialidad impuesto hace ya más de 250 años, manifestado en el régimen de asentamiento colonial y de explotación industrial de suelos. Esto ha sido agudizado por el impacto del cambio climático por la extracción y consumo de combustibles fósiles. Específicamente hemos argumentado que el asentamiento colonial australiano descartó los conocimientos del terreno, de la fauna y de la flora australianas acumulados por los pueblos originarios durante miles de años de habitar en este continente. Además, el rechazo por gran parte de la clase política y de la élite empresarial de la evidencia científica acumulada en las últimas décadas contribuyeron sobre las condiciones que se estaban creando en el ambiente natural australiano que harían posible los desastres acaecidos bajo cuyas secuelas estamos viviendo.

## Bibliografía

- Binskin, Mark. *Royal Commission into National Natural Disaster Arrangements*. Manuka, Commonwealth of Australia, 2020.
- Dickman, Chris. “New WWF report: 3 billion animals impacted by Australia’s bushfire crisis”. 28 de julio, 2020.

<https://www.wwf.org.au/news/news/2020/3-billion-animals-impacted-by-australia-bushfire-crisis#gs.jgnyOc> (consulta realizada en octubre 2020).

Cousins, Sophie (2020). «Experts criticise Australia's aged care failings over COVID-19». *The Lancet*, 396 (10259), 1322-1323.

De Ambrosio, Martin. Entrevista a Peter C. Doherty. "Este virus muestra cuán vulnerables somos también en lo económico y social", *La Nación* (Buenos Aires), 11 de julio, 2020. <https://www.lanacion.com.ar/opinion/biografiapeter-c-doherty-este-virus-muestra-cuan-vulnerables-somos-tambien-en-lo-economico-y-social-nid2394806> (consulta realizada en octubre 2020).

Kusch, Rodolfo (1966). *Indios, Porteños y Dioses*. Buenos Aires, Editorial Biblos, 1994.

Garnaut, Ross (2008). *The Garnaut Climate Change Review: Final Report*. Melbourne, Cambridge University Press.

Gummage, Bill (2012). *The biggest estate on earth: how aborigines made Australia*. Crows Nest, Allen&Unwin.

Mignolo, Walter (2014). *Desobediencia epistémica. Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad*. Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Pascoe, Bruce (2014). *Dark Emu. Aboriginal Australia and the birth of agriculture*. Broome, Magabala Books.

Quijano, Aníbal (2014). *Textos de fundación*. Zulma Palermo y Pablo Quintero (Comp.). Buenos Aires, Ediciones del Signo.

Richards, Lisa et.al. "2019-20 Australian bushfires—frequently asked questions: a quick guide", Parliament of Australia, 12 de marzo, 2020. [https://parlinfo.aph.gov.au/parlInfo/download/library/prspub/7234762/upload\\_binary/723476\\_2.pdf](https://parlinfo.aph.gov.au/parlInfo/download/library/prspub/7234762/upload_binary/723476_2.pdf) (consulta realizada en noviembre 2020).

Steffen, Will. "Scientists hate to say, 'I told you so'. But Australia, you were warned", *The Conversation*. 22 de enero, 2020. <https://theconversation.com/scientists-hate-to-say-i-told-you-so-but-australia-you-were-warned-130211> (consulta realizada en abril 2020).

Steffensen, Victor (2020). *Fire Country. How indigenous fire management could help save Australia*. Richmond, Hardie Grant Travel.